



*Rather than love, than money, than fame,
give me truth.* H. D. Thoreau

El otoño tiene el encanto de la brevedad y lo inquietante de lo no bien percibido. Astronómicamente comienza y termina en fechas muy precisas, pero las condiciones del medio ambiente, y mucho más las personas, tienen una inercia enorme y por eso las estaciones se mezclan difusamente. El otoño en sus inicios se parece al verano tardío con sus temperaturas aún altas aunque con un sol más clemente, mientras al final suele confundirse con los primeros días del invierno porque puede sorprendernos con días lluviosos y de frío. Sin embargo es una estación que se despliega con mesura, sin agobiarnos con extremos, deleitándonos con noches cada vez más largas, con atardeceres hermosos donde la luz solar suele mezclarse con las nubes bajas y al dispersarse adelantarnos los colores que luego querrán las hojas de los árboles. En las latitudes tropicales, el otoño se enmascara mucho, las plantas se aferran a los colores del verano, y no es hasta Noviembre que descubrimos que las nubes son más grises, que ya no nos traen los relámpagos vespertinos, y que su lluvia se ha vuelto más suave pero también más fría. Y es que en los trópicos el verano reina y también hasta.

En latitudes templadas el otoño se define mejor, aunque su llegada es también silenciosa, hecha con la mesura ya mencionada. La Naturaleza entonces parece transitar hacia un estado adormilado, y muchas de las hojas de los árboles se vuelven primero anaranjadas, luego amarillas, más tarde marrón (o carmelitas, me dirán mis lectores del occidente cubano) para después caer y formar esa hojarasca donde caminar puede producir un placer inefable. La estación parece hablarnos de un declive de las energías y la nostalgia se vuelve entonces melancólica. Se confabula en todo esto lo que para mí representa el elemento meteorológico más propio de la estación que ahora nos llega: el viento. El viento otoñal siempre hace de las suyas, se aprovecha de las hojas marchitas que yacen sin sentido, las mueve a su antojo y al hacerlo logra que nuestras mentes también vayan a la deriva. Los humanos tienen en esta estación una mayor propensión a soñar despiertos, cuando ya se han ido las enormes posibilidades que brindó el verano. Quizás por eso sea el tiempo propicio para volver a la escuela, porque ese es precisamente el lugar donde nuestros primeros sueños se esculpen hasta volverse realidad. Nuevas asignaturas y profesores, nuevos planes, nuevos amigos con los que intercambiar, nuevos romances al acecho, y también el reencuentro con aquel amigo entrañable que pasó el verano en otra parte. A diferencia de la primavera, en el otoño la escuela es aún atractiva, porque tenemos frescas las memorias del verano, y porque el curso escolar es suficientemente joven y no ha

acumulado su tedio. Los terribles exámenes están todavía lejos, y es el tiempo adecuado para explorar las nuevas relaciones.

En la poesía universal, el otoño es reflejado con creces, con esa fortaleza que tiene los versos para reafirmar la fugacidad del tiempo. Bastan dos ejemplos para ilustrar esta afirmación: Rubén Darío (1867-1916) con “*Canción de Otoño en Primavera*” (Juventud divino tesoro/ ya te vas para no volver...) y Emily Dickinson (1830-1886) con “*Autumn*”, un poema que por su brevedad puedo mostrar aquí (la traducción anexa es libre y mía, con perdón de los academicistas):

Autumn

The morns are meeker than they were,
The nuts are getting brown;
The berry's cheek is plumper,
The rose is out of town.

The maple wears a gayer scarf,
The field a scarlet gown.
Lest I should be old-fashioned,
I'll put a trinket on.

Otoño

Los amaneceres son más mansos
Las nueces se tornan marrón
La mejilla de las bayas se rellena
La rosa de viaje nos abandonó.

El arce viste con bufanda más alegre
El campo atuendo escarlata
Por miedo a estar fuera de moda
Con pacotilla me vestiré hoy.

Me permito una pequeña digresión para referirme a las diferencias sutiles en el tono entre los dos poemas. Para Darío el otoño significa una pérdida irreversible que acarrea melancolía. Para la poetisa norteamericana, los cambios principales ocurren en la naturaleza y ella, para no desentonar, escoge nuevo atuendo. La última postura es claramente cognoscitiva, intelectual y lúdica, mientras el nicaragüense pretende envolvernos en una atmósfera más melancólica y personal, plena de fuertes emociones. El propio Harold Bloom se refiere a Emily Dickinson con estas palabras:

...Except for Shakespeare, Dickinson manifests more cognitive originality than any other Western poet since Dante...(1)

(...[con la] Excepción de Shakespeare, Dickinson manifiesta más originalidad cognoscitiva que cualquier otro poeta occidental desde Dante...)

La originalidad intelectual llevó a Dickinson a asumir ya en aquel tiempo una actitud minimalista, un lenguaje menos florido, una intención por mostrar ‘económicamente’ lo lírico de los pequeños momentos de la vida. Para Bloom, Dickinson está al lado de Walt Whitman en el centro del canon literario norteamericano, y la poesía norteamericana actual puede rastrear sus orígenes hasta estas dos fuentes. Darío estaría más cerca de Whitman, aunque también de la poesía europea de su tiempo.

Es precisamente el nicaragüense quien primero nos propone una periodización de la vida humana análoga a las estaciones. El otoño para él significa la pérdida del tesoro de la juventud, el inicio de la vejez. La literatura científica actual propone el término “mediana edad” para dicho

período, un intervalo temporal que incluiría edades entre los 40 y los 59 años (los límites son controversiales). De aceptar estas cotas, todos mis amigos entrañables y yo seríamos ya ‘otoñales’, un término que podría despertar ciertos miedos. En lo personal, comparto la analogía dariana que ha tenido un ulterior desarrollo en la teoría de Eric Erikson (1902-1994) sobre los estadios del desarrollo psico-social (2). Erikson comenzó su carrera profesional dentro de la escuela freudiana, pero poco a poco se fue separando de ella. La escuela freudiana sostenía la idea de que la personalidad se formaba totalmente en la infancia y le daba un papel central a los aspectos sexuales en la resolución de las crisis emocionales. La exageración de esos aspectos devino en una visión pan-sexual de la personalidad donde el “ello” (una función del inconsciente que enmarca las inhibiciones) jugaba el rol principal. Erikson se rebeló contra esos enunciados y siguió los datos de la investigación empírica que sugerían que la personalidad evoluciona durante toda la vida de la persona, que los aspectos sexuales son importantes pero no los únicos, y que el rol principal lo juega el ‘ego’, esa función de la actividad consciente del ser humano donde la voluntad es ingrediente fundamental. Lo interesante es que el propio psicólogo siempre se consideró un freudiano porque nunca negó la importancia de la actividad subconsciente. Al final obtuvo una periodización de la vida de un ser humano en ocho estadios. Los primeros cinco estadios cubren desde el nacimiento hasta aproximadamente los dieciocho años, y podrían ser llamados la primavera de nuestras vidas: período oral (0-1 año), período anal (1-3 años), período locomotor (3-6 años), período latente (6-12 años), y la adolescencia (12-18 años). La primavera es sin dudas la más convulsa de las etapas de la vida y resulta en un joven adulto pleno de energías, el verano (18-39 años). A seguido sobreviene la adultez media, el otoño (39-60 años), la cual precede a la vejez, el invierno (a partir de los 60 años). Cada estación de la vida humana tiene características definitorias, y siempre hay espacio para el crecimiento de la personalidad.

Creo recordar con claridad el momento en que descubrí que estaba ya en el otoño de mi vida. Una tarde de Octubre de 1991, mi hija Trilce, entonces con nueve años recién cumplidos, me retó una vez más a una carrera en la cuadra. En carreras previas yo la había sobrellevado y siempre habíamos quedado en empate, pero esa tarde memorable mi hija no me sobrellevó, y aquel hombre otoñal vio a su pequeña niña ganarle por primera vez la carrera, cayendo en la cuenta que ya su cuerpo no seguía el ritmo de algunas de sus intenciones. Aquella carrera me hizo sentir orgullo por mi hija y también me llevó a meditar brevemente sobre el paso del tiempo. Erikson defiende en su teoría que es precisamente en la adultez media cuando la persona se interesa plenamente por guiar a la generación que le sigue, la de los hijos. La inquietud principal pasa a ser: ¿he hecho o haré algo importante con mi vida?, y el estancamiento personal y social se vuelve intolerable (al menos al nivel mental de la realización subjetiva). Quizás sea por eso que la ruptura total de mi generación con la inmovilización y el estancamiento propios de la etapa pro-soviética de la dictadura cubana devino cuando ya todos éramos otoñales y descubrimos que en Cuba no existía ninguna esperanza de realización personal. Las únicas alternativas eran la sumisión al poder totalitario, el exilio, o el insilio amargo. Pienso que los más afortunados logramos exiliarnos y aunque la nostalgia duele, duele mucho más la desesperanza.

Comparto con mi amigo americano Dale Bates que en el plano personal la enseñanza principal que nos trae el otoño, con su declive de las energías, es que el ser humano es algo más que su cuerpo. Caemos en la cuenta con San Francisco de Asís que nuestro cuerpo es nuestro ‘hermano asno’, que el ‘yo’ desborda las limitaciones de ese asno, servidor leal de toda la vida, alguien a

quien a partir de ahora tendremos que forzar para lograr muchas de nuestras aspiraciones y con el cual a la vez deberemos ser considerados. Los niños y adolescentes no se preocupan por ese siervo y lo hacen todo sin siquiera sentir su presencia. El arrogante y joven adulto aún no repara en las limitaciones físicas de su cuerpo a menos que esté enfermo. Es en la mediana edad cuando percibimos nuestra total multi-dimensionalidad.

Para mi uno de los escritores canónicos occidentales más apropiado para leer en detalle cuando ya se corren los años otoñales es Henry David Thoreau (1817-1862), quien ha devenido uno de mis favoritos. Le debo a otro de mis amigos americanos, Phil Kauffman, el haberlo conocido, pues en una tarde fría del otoño bostoniano del 2004 me llevó a conocer las casas de Emerson, Thoreau y Louisa May Alcott, y me sugirió que leyera “*Walden*”, ese libro de Thoreau que ahora les recomiendo a aquellos que leen este pequeño ensayo. En el libro, el autor se nos muestra como un activo defensor de la Naturaleza y de la Libertad, además de un crítico sagaz de la modernidad que para él pareciera, ya entonces, no enfocarse hacia la felicidad del hombre. Por su trascendentalismo Thoreau les recordará Kant a quienes gusten de la lectura de ensayos filosóficos. Es un libro para la meditación, un libro otoñal a pesar de que lo escribiera cuando rondaba la edad de treinta años; entonces la gente envejecía más rápidamente. Les muestro una cita contundente:

...Our inventions are wont to be pretty toys, which distract our attention from serious things. They are but improved means to an unimproved end... We are in great haste to construct a magnetic telegraph from Maine to Texas; but Maine and Texas, it may be, have nothing important to communicate... (3)

(...Nuestros inventos se desean bellos juguetes, los cuales distraen nuestra atención de las cosas serias. Ellos son medios perfeccionados para un fin imperfecto... Estamos es un gran apuro para construir un telégrafo magnético desde Maine hasta Texas; pero Maine y Texas, pudiera ser, no tienen nada importante que que comunicar...)

La vida siempre golpea, porque es conocimiento general que sólo a través de esos golpes aprendemos las lecciones más importantes. Hay golpes en la vida –ahora recuerdo a Vallejo– que nos dejan grandes cicatrices y que nos hacen maldecirlo todo cuando corremos por nuestra primavera y nuestro verano. Es precisamente en esas dos estaciones donde creamos las memorias que luego serán la materia prima de nuestras nostalgias, cuando en el otoño comencemos a meditar sobre el tiempo ya ido. Pero Nostalgia y Memoria siempre se confabulan para ocultarnos, al menos parcialmente, los aspectos dolorosos del pasado, y los recuerdos son casi siempre hermosos (“...el olvido sólo se llevó la mitad...” nos dice J. M. Serrat en su canción “Lucía”). Es bueno que así sea, porque sino la mediana edad sería insoportable y no lo es. Es en el otoño tardío en que nos volvemos definitivamente mesurados, capaces de distinguir entre el amor y la lujuria (aunque extrañemos la lujuria), entre el enojo y la ira, entre el odio y el rencor, entre la ambición y la codicia...Es cierto también que irremediamente aparecerá el declive, pero las experiencias acumuladas y la motivación pueden ser suficientes para mantener altos niveles de inteligencia y de sensibilidad. Aprendemos definitivamente a ser prudentes y eso nos trae finalmente la sabiduría que tanto necesitamos cuando jóvenes. Es precisamente esa sabiduría la que nos enseña sus dos ingredientes fundamentales: la ternura como manifestación suprema del amor y la amistad verdadera, y el optimismo con que debemos enfrentar cada una de

nuestras acciones y los riesgos que éstas conllevan; ese optimismo que permitirá siempre tener la esperanza de que lo mejor aún está por venir. Sólo de nosotros depende.

Arquímedes Ruiz Columbié, San Angelo, Texas

(1) Harold Bloom, "The Western Canon", Riverhead Books, 1994, 546 pp (ver Capítulo 12, página 272)

(2) Eric Homburger Erikson, "Childhood and Society", W.W. Norton & Company, 1950, 445 pp

(3) David Henry Thoreau, "Walden", Chapter 1D Economy
<http://thoreau.eserver.org/walden1d.html>

Arquímedes Ruiz Columbié. Cuba. Ensayista. Licenciado en Física por la Universidad de La Habana (1975). Entre diciembre de 1975 y febrero de 1992 trabajó como investigador científico en la Academia de Ciencias de Cuba. Cumplió prisión (febrero 1992- marzo 1995) por ser miembro del grupo llamado "Nueva Generación", un grupo disidente en Santiago de Cuba. Reside en Albuquerque y trabaja en los proyectos que en Texas se desarrollan en la "Modificación del tiempo". Tiene numerosas colaboraciones sobre temas científicos en publicaciones dentro y fuera de Cuba. Ha cultivado el ensayo, la narrativa breve y la poesía fundamentalmente divulgadas en las revistas electrónicas. Ha colaborado en *Hacia el nuevo milenio*, *El nuevo Herald*. Pertenece al Equipo Editorial de *La Peregrina Magazine*.

